

Preguntas de Reflexión

- ¿De qué maneras has experimentado el “daño” de la adicción de tu ser querido, y cómo la devoción a Dios te ha traído sanación?
- ¿Cómo te alienta la renuncia de Naamán a confiar en el proceso de Dios en vez de en tus propios planes?
- ¿Qué prácticas te ayudan a regresar a Dios con gratitud, así como hizo el samaritano curado?

Bienvenido a Católicos en Recuperación

Estamos agradecidos de que seas parte de nuestra comunidad y te animamos a que sigas regresando

- Visita catholicinrecovery.com para ver una lista completa de reuniones disponibles, recursos de recuperación e información sobre cómo comenzar
- Te pedimos paciencia mientras traducimos más recursos y materiales al español
- Ten la seguridad de que tu participación y presencia en estas reuniones se mantendrán confidenciales.
- ¡Eres digno de libertad, una vida nueva y recuperación!

Lecturas Dominicales

Primera Lectura: 2 Reyes 5, 14-17

Salmo Responsorial: Salmo 98, 1, 2-3, 3-4

Segunda Lectura: 2 Timoteo 2, 8-13

Evangelio: Lucas 17, 11-19

**Vigésimo Octavo Domingo
del Tiempo Ordinario**



San Francisco de Sales presenta una metáfora gráfica que refleja la experiencia de los miembros de una familia afectada por la adicción de un ser querido:

"Mientras los frutos no estén dañados, pueden conservarse, algunos en paja, otros en arena y otros en sus propias hojas; pero una vez que están magullados, es casi imposible mantenerlos sino en conserva con miel y azúcar: de la misma manera, la pureza que nunca ha sido herida o vulnerada puede mantenerse de muchas maneras, pero una vez que ha sido dañada, nada puede conservarla sino una excelente devoción, que, como he dicho a menudo, es la verdadera miel y azúcar espiritual" (*Introducción a la Vida Devota*, Parte III, Capítulo 12. Traducción de la versión en inglés).

Para las familias, nuestro “daño” llega por medio de la confianza rota, la preocupación profunda y los ciclos de control y permisión. No importa cuán fuerte tratemos de mantener todo unido, la enfermedad de la adicción deja su huella. Tal y como San Francisco lo explica, únicamente la devoción a Dios, “la miel y el azúcar” de la fe, la oración y la comunidad, pueden conservar y endulzar lo que ha sido herido.

La literatura sobre la recuperación hace eco de esta realidad: una vez que nuestra paz ha sido puesta en riesgo, la mera fuerza de voluntad no puede restablecer la serenidad. Necesitamos una solución espiritual más grande que nosotros mismos.

La primera lectura de este domingo con la historia de Naamán, quien obedeció la palabra del profeta y así fue sanado, recoge esta necesidad (2 Reyes 5, 14-15):

*Naamán entonces bajó y se sumergió siete veces en el Jordán,
Tal y como le había dicho Eliseo.
Su piel se puso suave como la de un niño
y quedó limpio.
Entonces Naamán regresó al hombre de Dios con toda su gente.
Entró y le dijo: “Ahora sé que no hay en el mundo otro Dios
que el de Israel.
Te pido que aceptes estos regalos de parte de tu servidor.”*

La curación de Naamán presagia el bautismo, nuestra llamada personal a la renuncia y renovación. Como él, primeramente, nos resistimos, pensando que podemos arreglar las cosas a nuestra manera. Pero la verdadera sanación llega solamente cuando nos sumergimos en la misericordia de Dios.

Como familiares, frecuentemente nos enteramos de esto a través de continuas decepciones. Algunos de nosotros sólo necesitamos unas pocas lecciones dolorosas para entonces entregar nuestra voluntad a Dios. Otros, somos “destrozados” por años de ansiedad y resentimiento antes de aceptar que la serenidad se encuentra únicamente estando a Su cuidado.

En el Evangelio de este domingo, Jesús cura a diez leprosos, pero sólo uno regresa a agradecerle (Lucas 17, 11-19). La gratitud hace la diferencia entre un alivio momentáneo y la transformación duradera (Lucas 17, 11-19):

*Uno de ellos, al verse sano, volvió de inmediato.
Llegó alabando a Dios en alta voz;
y echándose a los pies de Jesús, con el rostro en la tierra, le daba gracias.
Era un samaritano.
Jesús entonces pregunta: “¿No sanaron los diez?
¿Dónde están los otros nueve?
¿El único que ha vuelto a alabar a Dios, ha sido este extranjero?”
En seguida dijo al hombre: “Levántate y vete,
tu fe te ha salvado.”*

Para nosotros, la gratitud es la miel que conserva nuestra recuperación. Nos mantenemos curados cuando seguimos regresando a Dios con agradecimiento, cuando compartimos nuestra esperanza con los demás, y cuando vivimos devotos a Su voluntad en lugar de a la nuestra.